

Año 2 Número 2 - Diciembre 2014

Umbral

Revista Literaria

SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Maestros

*Enrique Javier Poncela
Manuel A. Alonso Pacheco
Ramón López Velarde
Franklin Mieses Burgos
Julia Constanca Burgos García*

Colaboraciones:

*Adelfa Martín - Zulema Lagarrigue
Victor Pardo - Marino Liso
Don Srtxema - David Solera Asís
Ignacio López Castellanos
Eric J. Lagarrigue*

ZULAGA

Fin de año

A punto de transcurrir un año más en nuestras vidas, nuevas experiencias y oportunidades vendrán en este año que pronto comenzará, seguramente volveremos a estar dispuestos a cumplir con nuestros sueños y metas, siempre bajo un compromiso moral, solidario y respetuoso, pues no solo producimos para nosotros mismos, la esencia de la vida en sociedad así lo requiere, nuestra participación en la misma no debería ser con el motivo egoísta de obtener beneficios exclusivamente personales, ni pesimistas porque el arte es capaz de llegar al espíritu, no debemos perturbarle más de lo que la vida ya lo hace.

Debemos agradecer nuestro don de apreciar lo bello en el arte y continuar aportando novedades al mismo.

Como detalle para el nuevo año les anunciamos que en reconocimiento a quienes depositaron su confianza en SAINDE y apoyaron Umbral, es que a partir de este número comenzaremos a agradecer de

manera personal y aleatoria a quienes nos engalanaron con sus aportes.

Desde SAINDE, les deseamos de corazón pasen una feliz Navidad y tengan un próspero Año Nuevo.

Eric J. Lagarrigue
Editorial



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Año 2 - Número 2 - Diciembre del 2014

Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Dirección general:	Naida Saavedra
Corrección y estilo:	Eric J. Lagarrigue
Composición y diseño:	Eric J. Lagarrigue
Imágen de portada:	Zulema Lagarrigue

Colaboradores de esta edición

Adelfa Martín Zulema Lagarrigue
Ignacio López Castellanos Víctor Pardo
Don Srtxema David Solera Asis
Marino Liso Eric J. Lagarrigue

Contacto: revista@sainde.net

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores. Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (Eric J. Lagarrigue) 1

Cuentos

Una navidad inesperada (Adelfa Martín)..... 3

Muerte por engaño (David Solera Asís)..... 6

El corazón de fuego (Ignacio López C.).....22

Una visita inesperada (Ignacio López C.).....25

Kavafis parte I (Marino Liso)..... 33

Poesía

Oda al buen comer (Don Srtxema) 10

Teatro

La exagerada: La cañería me gotea
(Victor Gabriel Pardo) 39

Maestros

El amor que no podía ocultarse
(Enrique Jardiel Poncela)..... 15

Paisaje con un merengue al fondo
(Franklin Mieses Burgos) 20

Amanecida (Julia Burgos García) 28

La linterna mágica (Manuel A. Alonso) 29

Se deshojaban las rosas (Ramón M. López)... 38

Cine

Ensayo sobre la psicogénesis en el cine
(Eric J. Lagarrigue)..... 18



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Una navidad inesperada

Tal vez es cierto que no existe la casualidad, sino que es causalidad. Que lo que llamamos coincidencia, no es más que lo que tenía que suceder. La verdad es que Illia solo sabía que algo raro había pasado ese día; un día especial, en vísperas de Navidad.

Regresaba de su última clase, de hecho la que servía para la despedida vacacional y para realizar la reunión anual con el consabido intercambio de regalos, y aunque aún era temprano, ya había oscurecido como era usual en esta época del año. Entró a la tienda de la esquina a comprar un litro de leche, pues sabía que su mamá apenas acabaría de llegar del trabajo y estaría preparando lo que ella llamaba merienda-cena.

Antes de dar vuelta a la esquina, en una banca que se encontraba bajo el farol, vio a una anciana señora sentada, con poco abrigo, prácticamente encogida sobre sí misma como protegiéndose del frío. Dudó solo un instante, pero llevada por su buen corazón y por las enseñanzas recibidas, se acercó tímidamente preguntándole:

-- ¿Se encuentra bien?

La anciana alzó su vista, y con los ojos aún entrecerrados le respondió:

--Sí, gracias.

Illia pensó de inmediato en darle la leche que traía en sus manos, pero luego se dio cuenta que estaba fría, así que sin meditarlo siquiera, le dijo:

--¿Quiere venir a mi casa?, vivo a la vuelta. A mi mamá y a mí nos gustaría invitarla a cenar.-- Dicho esto la tomaba suavemente por el brazo. La señora trató de resistirse, pero agobiada seguramente por el hambre, la soledad y el abandono, se dejó llevar.

Al llegar a la casa su madre, sin aparentar sorpresa alguna, recibió a la anciana con cariño, haciéndola pasar. Illia dice:

--Mamá, ¿no tendrás alguna ropa que le sirva a la señora...?

--María--, respondió la anciana.

--Digo, si usted no se ofende.

--Claro que no, solo que si me lo permiten, me gustaría darme un baño; hace tiempo que no he tenido un lugar donde hacerlo--, y se sonrió ampliamente, a lo cual ellas correspondieron.

Mientras la mamá buscaba la ropa, dijo María:

--Y tú, ¿cómo te llamas?

--Illia...

--¿Illia, qué?-- dijo la anciana.

--Bueno--, contestó la niña, --mi nombre no es muy usual, pero le gustaba mucho a mi abuelita paterna, que por cierto se llamaba como usted, pero que falleció antes de yo nacer. Mi mamá se llama Isabel y mi papá Carlos, nuestro apellido es Garza.

La anciana se puso seria primero, luego pálida, y lágrimas incontrolables rodaban por sus mejillas.

--¡Dios mío!, ¡gracias!, sería demasiada casualidad... ¿será posible que he encontrado a mi familia?

Isabel, al escuchar el grito, llegó rápidamente donde ellas se encontraban preguntando:

--Pero, ¿qué sucede?

--Mamá, que la señora dice que ha encontrado a su familia.

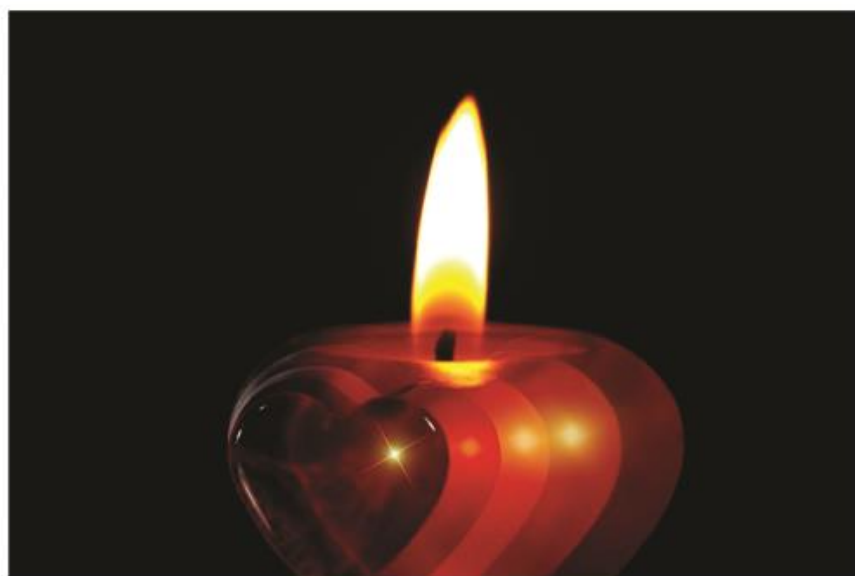
Y María comenzó a contar su historia...

Hacia más de 20 años al salir de su casa, un coche la atropelló. La gente viendo que aún vivía, pero llenas de temor, la dejaron abandonada a las puertas de un hospital, a más de 200 Km. de distancia y sin documentación alguna, donde según le explicaron estuvo en coma por 10 años. Cuando despertó, no recordaba absolutamente nada de sí misma, pero con paciencia y tratamiento poco a poco fue recuperando su memoria. En el hospital, sensibilizados por su historia, recolectaron algo de dinero para que ella pudiera llegar a la ciudad donde esperaba encontrar a su familia. Habían pasado 15 años.

Sin embargo, otras personas vivían en la que fue su casa y

preguntando, averiguó que su esposo había muerto casi de inmediato, y que su hijo había sido recogido por las autoridades; o por alguien, según le dijeron. Eso bastó para que volviera a perderse de nuevo. Solo sabe que comenzó a deambular, y que al terminársele el poco dinero que traía consigo, no le quedó otro remedio que pedir limosna. Eso sí, jamás abandonó la ciudad. En sus momentos de lucidez pensaba que tarde o temprano Dios le daría la oportunidad de encontrar por lo menos a su hijo, aunque ya habían transcurrido 20 años y a veces sentía que esa esperanza la abandonaba.

En ese momento, se escuchó que unas llaves abrían la cerradura de la puerta de entrada, y a Illia, que corriendo y gritando decía: ¡papá... papá! ...



Adelfa Martín

México

Muerte por engaño

Se reflejaba trémula, por culpa del vaivén de la vela de un farol, la sombra de un ratoncillo sobre el ladrillo rojo que se adivinaba en el esquinazo de aquel viejo callejón. Estaba condenada a esfumarse en un momento como aquel, en que el sonido seco de unos pasos sobre adoquines bañados con el relente anunciaba la entrada en escena de otra temblorosa silueta.

No es otra que la de un chiquillo de no más de quince años, consumido por el hambre y la necesidad que le atenazaban desde el primer llanto, que había decidido, a cambio de unos pocos chelines con que permitirse el privilegio de llevar a su casa algo de queso y pan que justificasen el deseo de sobrevivir en sus ancianos y desvalidos progenitores, sumergirse por primera vez aquella noche en el atuendo de sereno. Lo digo así porque el que desempeñó esta tarea hasta la noche anterior lo superaba en corpulencia exageradamente. Esto le hacía desenvolverse con torpeza y el alcalde lo sabía, pero las arcas consistoriales de la villa de Bremen no pasaban por un momento como para andar regalándole el dinero a cualquiera de los sastres locales. Más aún teniendo en cuenta que no apostaban porque el muchacho quisiese repetir al día siguiente, habida cuenta de los sucesos acaecidos en las últimas semanas y que motivaron la renuncia de su predecesor en el cargo. El bueno de Helmut Schultz, después de 25 años trasnochando de forma ininterrumpida, patrullando las calles a su manera, simplemente indicando el camino a casa de algún que otro vecino desorientado por culpa de los excesos con el licor de malta, había precipitado, a pocas fechas de su cuadragésimo cumpleaños, la marcha del oficio que desde la adolescencia había desempeñado tan diligentemente y tan escaso de sobresaltos. El motivo, una serie de horrendas muertes que habían sacudido la ribera del Weser; y es que precisamente a sus orillas, en las últimas siete semanas, siempre en jueves, se encontraba el cadáver de algún niño desventurado, aparentemente dormido, puesto que ninguno mostraba signos de violencia que hicieran pensar en el asesinato. El hecho de apreciar el horror en el rostro pálido de un inocente, tantas veces en tan poco tiempo, había hecho mella en la moral del pobre Schultz. Eso, unido a la carencia de testigo

ninguno y a la falta de explicación para tan extraños eventos. Su renuncia cayó como un mazazo, pues no se había pensado en un sustituto. Esa misma mañana, se anunció en un bando el puesto vacante; puesto que, a causa del estupor, nadie reclamó. Nadie, excepto el pequeño de los Bachmann, empujado por la necesidad de su familia. Argüía que el hambre le había instruido en el arte de la valentía, pues no hay muerte más sufrida que la que aquélla provoca.

Así se lanzó a la calle, con sus botas, su pantalón bombacho, su camisola, su levita y su sombrero de ala ancha: todo grande. Grande como el manajo de llaves que le colgaba del cincho, forzándole con pasmosa exactitud –pese a haber hecho tres agujeros nuevos en la correa- a recolocarse cada diez zancadas el alto de la faldriquera, con la dificultad añadida de sostener sin quemarse una pequeña lucerna. Desde luego, la estampa no podía ser más cómica. No ocurría lo mismo con la noche. Pese a su arrojo, no hubiese podido negar que la baja temperatura, conjuntada con la humedad y la incertidumbre, generaban pequeños espasmos en sus piernas, por no llamarlos canguelo.

Después de un rato deambulando por callejuelas miserablemente alumbradas, por culpa de la cera consumida y no repuesta de los faroles, se percató de que faltando todavía un rato para la medianoche, hacía rato que no se cruzaba con nadie. Ni sobrio ni ebrio. Había alcanzado la llamada Balgebrückstrasse y se acercaba al puente que comunicaba el núcleo urbano de Bremen con un pequeño meandro sobre el río cuando, la afonía reinante se vio interrumpida de súbito por un ligero estrépito que retumbó en el pecho del muchacho. Sin pensar, apretó el paso para atravesar sobre las aguas el camino al comienzo de la espesura verde. No se atrevió a alcanzar más allá de lo que la tenue llama, mal tapada por el cristal del farol, podía iluminar.

Quizá una rama rota de algún árbol, el chapoteo de alguna carpa, o algún animal entre los arbustos, habían provocado aquel sonido camuflado por el viento que alcanzó un instante antes el pabellón auditivo de aquel muchacho.

Volvió a cundir por un momento la quietud, en este caso perturbada por una imagen. No tenía una forma definida, pero el joven Bachmann contempló perfectamente reflejada en la piedra de la pasarela, una sombra de proporciones por estimar. Se movía deprisa, confundida entre las luces

fatuas que la suave neblina provocaba. Aquel contorno empezó a crecer, a la par que el pulso del chiquillo. Ya no había hambre en él, no había recuerdos. Sólo aquella sombra, creciendo por momentos sobre el puente. Parecían dibujarse unos cuernos y un inmenso rabo, cada vez más cerca. Lucifer mismo ante aquel pobre desgraciado. No había nadie en toda Bremen que conociese el miedo, excepto él. Ya no quedaba rastro siquiera de él...

* * *

Los hermanos Braun querían aprovechar la llegada del viento del Sur a esta altura del año, que traía consigo las bandadas de palomas torcaces que tanto gustaban de cazar. Puntualmente listos, caminaban ya procurando no hablar muy alto a horas tan intempestivas. No podían evitar, por el contrario, apostar por ver quién de los dos cobraría más piezas aquella madrugada. De esta guisa alcanzaron el puente casi sin percatarse. Una imagen les distrajo de sus bravuconadas, helándoles la sangre. Alcanzaron a ver en el extremo opuesto, un cuerpo tendido en el suelo. Aquellas lengüetas en las botas eran familiares para los amantes de la noche de Bremen. Al unísono exclamaron sobresaltados: “¡El sereno!”.

En efecto. Su cuerpo inerte yacía justo al comienzo de la otra orilla del Weser. Lucía, como contaban de los otros casos, pálido como la leche fresca y carente de signos de violencia. No alcanzaban a explicarse cómo aquel muchacho tan dispuesto podía haber sucumbido también. Aquello debió ser otra cosa.

-No puede ser el mismo criminal, nunca ha actuado dos noches seguidas. Todas las víctimas fallecieron en jueves.

Si bien la afirmación era cierta, una coincidencia cotidiana que acontecía en ese preciso instante, les hizo mirarse estupefactos escasos segundos después. El campanario de la Catedral de San Pedro repicaba marcando las doce, retumbando en cada rincón de la villa. Acababan de caer en la cuenta de que el corazón del pobre Bachmann se había detenido antes de que llegase el viernes. Testigos de aquel terrorífico e inquietante descubrimiento, decidieron repartirse las funciones. El mayor de los hermanos avisaría de urgencia al alcalde, mientras el otro aguardaría junto

al cuerpo la llegada de las autoridades.

Ya solo, el chico quedó sumido en el pensamiento de averiguar quién sería a partir de ahora el nuevo vigilante nocturno, cuando le distrajo un pequeño roedor que asomó por un hueco entre la piedra. Sorprendido y conmovido con el gracioso animal, optó por cortar un trocito del queso que portaba en el morral por si el apetito afloraba en mitad de la noche, para ofrecérsela a aquel ratón. Temeroso y desconfiado primero, atrevido después, alcanzó el manjar depositado al borde del camino y como una exhalación se apresuró a encaramarse sobre una pequeña muesca en el muro para paladearlo. El menor de los Braun no pudo evitar sorprenderse por un instante cuando, por culpa de la perspectiva con respecto al farol del extremo del puente, el ratón proyectaba una sombra que multiplicaba por diez su minúscula figura.

David Solera Asís

Madrid, 1984



Oda al buen comer

Vivo en una ciudad...
Donde del buen comer
hicieron arte.

Dicen...
Que en mi ciudad,
come igual el rico que el pobre;
el rico en lujosos "Mesones"
y el pobre...
En humildes tabernas de barrio
en las cuales se sabe...
Que es donde mejor se come,
¡sobre todo!
al estilo de aquellas abuelas
que entre pucheros se instruyen.

Soy de una ciudad...
De grandes Chef.

Si queréis comer bien,
a mi ciudad tendréis que ir
bien sea ...
en un Michelin Stars
o al Kuto... Que es de fiar;
en el primero,
hasta con el alcalde comes,
en el segundo...
comerás, con quien quiera ir.

En el primero se come
con cuchara de plata,
en el segundo... De acero;
en el primero,
la comida será, de rigurosa etiqueta,
mas en el segundo...

No importa la ropa
solo nos preocupa...
La comida bien hecha.
¿Sabrías decir,
a quién poder elegir...?
Michelin Stars, con su lujo
o ...
El Restaurante Kuto
que es todo un lujo.
Mi ciudad,
es pequeña en tamaño
pero...
Grande en “El hacer culinario”;
hasta...
Su nombre ya suena,
en los grandes circuitos
de las “Stars...
Michelin”.

Soy de una ciudad...
Donde se experimenta
con todo tipo de cocina.

Vos,
tal vez os preguntéis
de que ciudad soy,
soy de la capital de Euskadi,
soy...
De Vitoria-Gasteiz,
donde el buen vino corre
y la comida...
Mejor es.

Soy de una ciudad...
Donde el buen comensal
jamás se irá,
habiendo comiendo mal

Aquí se brinda honores
a los grandes cocineros,

al igual,
que a veces
se les eleva a los cielos,
“Del buen que hacer
entre fogones.”
Soy un “Forofo”
del buen comer,
lo que más admiro...
Es al cocinero
que trabaja entre pucheros,
al cocinero que crea arte
en la cocina
y al cocinero...
Que sabe agasjarte
con sorprendentes menús.
Aquí,
el hacer culinario
es toda una ciencia,
bien sea para satisfacción
del herrero o el canciller.
Los postres y el vino,
¡Dicen!
Ser esenciales para el buen comer,
aquí, son creados, por...
Renombrados restauradores
del arte del comer.

Soy de una ciudad...
De donde después de comer,
¡Al cielo!
A nadie le importaría ir.

Un cocinero de lujo,
es mi “Colega y Amigo”
Don José Manuel Moreno,
que igual
les cocina una langosta,
que un plato de chipiron.
Su restaurante,
en Vitoria un día montaría,
y desde entonces

dicen...

Que allí solo se degustan,
"Menús celestiales
de comida casera",
¡Eso sí!
siempre regados
con un buen vino Alavés,
que de nuestra provincia es.

Soy de una ciudad...
Que cuando quieren agasajarte,
te invitan a comer

El buen comensal,
debiera saber de lo malo,
del fumar o beber
antes de comer,
pues...
El paladar enturbiado
con supuestos placeres,
se acaba por perder.
En el restaurante "el Kuto,"
se puede comer,
Exquisiteces de hoy
o...
Con recetas de ayer.

Soy de una ciudad...
Donde
siempre se come bien
mas,
Si queréis comer,
un...
"Menú Celestial
de comida casera"
al Kuto tendréis que ir,
donde come igual...

"El Pobre... Que el Rey".

Don

Dedicado a Vitoria-Gasteiz, en este año, designada como ciudad gastronómica y a mi "Colega," amigo y cocinero preferido... que con su hacer cotidiano... Contribuye a ello.
Don José Manuel Moreno
Dueño del Restaurante "el Kuto"
En mi ciudad, Vitoria-Gasteiz

DONDE... DEL BUEN COMER HICIERON ARTE



Don Irtxema

*Vitoria-Gasteiz, Alava-Araba,
España, 1957*

El amor que no podía ocultarse

*D*urante tres horas largas hice todas aquellas operaciones que denotan la impaciencia en que se sumerge un alma: consulté el reloj, le di cuerda, volví a consultarlo, le di cuerda nuevamente, y, por fin, le salté la cuerda; sacudí unas motitas que aparecían en mi traje; sacudí otras del fieltro de mi sombrero; revisé dieciocho veces todos los papeles de mi cartera; tararé quince cuplés y dos romanzas; leí tres periódicos sin enterarme de nada de lo que decían; medité; alejé las meditaciones; volví a meditar; rectificué las arrugas de mi pantalón; hice caricias a un perro, propiedad del parroquiano que estaba a la derecha; di vueltas al botoncito de la cuerda de mi reloj hasta darme cuenta de que se había roto antes y que no tendría inconveniente en dejarse dar vueltas un año entero.

¡Oh! Había una razón que justificaba todo aquello. Mi amada desconocida iba a llegar de un momento a otro. Nos adorábamos por carta desde la primavera anterior.

¡Excepcional Gelda! Su amor había colmado la copa de mis ensueños, como dicen los autores de libretos para zarzuelas. Sí. Estaba muy enamorado de Gelda. Sus cartas, llenas de una gracia tierna y elegante, habían sido el lugar geométrico de mis besos.

A fuerza de entenderme con ella sólo por correo había llegado a temer que nunca podría hablarla. Sabía por varios retratos que era hermosa y distinguida como la protagonista de un cuento. Pero en el Libro de Caja del Destino estaba escrito con letra redondilla que Gelda y yo nos veríamos al fin frente a frente; y su última carta, anunciando su llegada y dándome cita en aquel café moderno -donde era imprescindible aguantar a los cinco pelmazos de la orquesta- me había colocado en el Empíreo, primer sillón de la izquierda.

Un taxi se detuvo a la puerta del café. Ágilmente bajó de él Gelda. Entró, llegó junto a mí, me tendió sus dos manos a un tiempo con una sonrisa celestial y se dejó caer en el diván con un "chic" indiscutible.

Pidió no recuerdo qué cosa y me habló de nuestros amores epistolares, de lo feliz que pensaba ser ahora, de lo que me amaba...

-También yo te quiero con toda mi alma.

-¿Qué dices? -me preguntó.

-Que yo te quiero también con toda mi alma.

-¿Qué?

Vi la horrible verdad. Gelda era sorda.

-¿Qué? -me apremiaba.

-¡Que también yo te quiero con toda mi alma! -repetí gritando.

Y me arrepentí en seguida, porque diez parroquianos se volvieron para mirarme, evidentemente molestos.

-¿De verdad que me quieres? -preguntó ella con esa pesadez propia de los enamorados y de los agentes de seguros de vida-. ¡Júramelo!

-¡Lo juro!

-¿Qué?

-¡¡Lo juro!!

-Pero dime que juras que me quieres -insistió mimosamente.

-¡¡Juro que te quiero!! -vociferé.

Veinte parroquianos me miraron con odio.

-¡Qué idiota! -susurró uno de ellos-. Eso se llama amar de viva voz.

-Entonces -siguió mi amada, ajena a aquella tormenta-, ¿no te arrepientes de que haya venido a verte?

-¡De ninguna manera! -grité decidido a arrostrarlo todo, porque me pareció estúpido sacrificar mi amor a la opinión de unos señores que hablaban del Gobierno.

-¿Y... te gusto?

-¡¡Mucho!!

-En tus cartas decías que mis ojos parecían muy melancólicos. ¿Sigues creyéndolo así?

-¡¡Sí!! -grité valerosamente-. ¡¡Tus ojos son muy melancólicos!!

-¿Y mis pestañas?

-¡¡Tus pestañas, largas, rizadísimas!!

Todo el café nos miraba. Habían callado las conversaciones y la orquesta y sólo se me oía a mí. En las cristaleras empezaron a pararse los transeúntes.

-¿Mi amor te hace dichoso?

-¡¡Dichosísimo!!

-Y cuando puedas abrazarme...

-¡¡Cuando pueda abrazarte -chillé, como si estuviera pronunciando un discurso en una plaza de Toros- creeré que estrecho contra mi corazón todas las rosas de todos los rosales del mundo!!

No sé el tiempo que seguí afrontando los rigores de la opinión ajena. Sé que, al fin, se me acercó un guardia.

-Haga el favor de no escandalizar -dijo-. Le ruego a usted y a la señorita que se vayan del local.

-¿Qué ocurre? -indagó Gelda.

-¡¡Nos echan por escándalo!!

-¡Por escándalo! -habló estupefacta-. Pero si estábamos en un rinconcito del café, ocultando nuestro amor a todo el mundo y contándonos en voz baja nuestros secretos...

Le dije que sí para no meterme en explicaciones y nos fuimos.

Ahora vivimos en una "villa" perdida en el campo, pero cuando nos amamos, acuden siempre los campesinos de las cercanías preguntando si ocurre algo grave.

FIN

Enrique Javier Poncela
Madrid, España, 1901 - 1952



Ensayo sobre la psicogénesis en el cine

El estudio sobre la influencia de los productos audiovisuales en infantes de corta edad es muy importante para el futuro desarrollo social de los grupos urbanos, pues esto determina cómo el joven irá a desenvolverse en su ambiente. Un niño, así como un animal, reacciona ante los estímulos audiovisuales mediante respuestas condicionales que dependen de la reacción que haya tenido en base a la repetición del evento. Por lo tanto un infante, de menos de cuatro años, no es capaz de comprender situaciones de habla y acciones, sino que las relaciona con su propia experiencia, y al hacerlo el efecto producido es el placer, pero en caso de que el infante no pueda hacer alguna relación, el efecto resultante es lo contrario. Surge la frustración, el enojo; en su etapa más adulta puede esto desarrollarse en dos reacciones diferentes ante una situación complicada, la ira, o la sumisión, de ninguna forma el individuo será capaz de progresar en dicha actividad dificultosa con eficiencia (Alteración de la Psicogénesis por el acto televisivo – Universidad de Lomonosov – Moscu – Rusia, Conferencia de Bernardo Vides, Profesor U.N.T.).



Ahora bien, un adulto no es muy diferente, su forma de aprendizaje es similar solo que el repertorio de información en su mente es más amplio que la de un niño, por lo tanto puede resolver más situaciones a mayor velocidad, pero esto no significa que aquí

haya acabado la historia, puesto que un adulto tiene problemas mayores que los de un niño. El cine, entre otras cosas, aún le sigue influenciando. Esto, como un agregado personal: la narración influye al hombre en la medida que lo que ve sea presentado y visto por el espectador como algo cotidiano. Entonces aclaro que la ética, las costumbres, la actuación corporal, la lengua, y la información cultural pueden ser afectadas para bien o mal por su representación cinematográfica.

El espectador debe ser respetado y cultivado, o por lo menos no afectado por la experiencia cinematográfica, sea joven o adulto.



Eric J. Lagarrigue

*S. M. de Tucumán,
Tucumán, Argentina - 1993*

Paisaje con un merengue al fondo

Por dentro de tu noche
solitaria de un llanto de cuatrocientos años;
por dentro de tu noche caída entre estas islas
como un cielo terrible sembrado de huracanes;
entre la caña amarga y el negro que no siembra
porque no son tan largos los cabellos del agua;
inmediato a la sombra caoba de tu carne:
tamarindo crecido entre limones agrios;
casi junto a tu risa de corazón de coco;
frente a la vieja herida violeta de tus labios
por donde gota a gota como un oscuro río
desangran tus palabras,
lo mismo que dos tensos bejucos enroscados
bailemos un merengue:
un furioso merengue que nunca más se acabe.

-¿Que somos indolentes? ¿Que no apreciamos nada?
¿Que únicamente amamos la botella de ron,
la hamaca en que holgazanes quemamos el andullola
del ocio en los cachimbos de barro mal cocidos
que nos dio la miseria para nuestro solaz?

Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
bailemos un merengue hasta la madrugada,
entre ajíes caribes de caricias robadas,
cabe cielos ardidados de fuego de aguardiente,
bajo una blanca luna, redonda, de cazabe.

Que ya me están urgiendo de caminos reales
los nisperos canelas de tus propios racimos,
y no sé de qué soles tropicales me vienen
todas estas violentas viscerales urgencias
de querer cimarronas morbideces de sombras.

-¿Que hay muchos que aseguran
que aquí, entre nosotros,
la vida tiene el mismo tamaño de un cuchillo?

¿Que nuestra gran tragedia como país empieza
desde cuando aprendimos a tocar el bongó?
¿Que el acordeón y el güiro han sido los peores
consejeros agrarios de nuestros campesinos?

Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
 bailemos un merengue que nunca más se acabe,
 bailemos un merengue hasta la madrugada:
 que un hondo río de llanto tendrá que correr siempre
 para que no se extinga la sonrisa del mundo.

-¿Que el machete no es sólo en nuestras duras manos
 un hierro de labranza para cavar la tierra
 pequeña de conuco, sino que muchas veces
 se ha convertido en pluma para escribir la historia?

Puede ser, no lo niego; pero ahora, entre tanto,
 bailemos un merengue que nunca más se acabe,
 bailemos un merengue hasta la madrugada:
 que ya no serán sólo tus manos olvidadas
 dos sonámbulas rutas de futuras vendimias
 sobre una tierra brava;
 ahora te daremos otras maternidades
 fecundas de distintas raíces verticales.

-¿Que fuimos y que somos los mismos marrulleros;
 los mismos reticentes del pasado y de siempre?
 ¿Que dentro de la escala de los seres humanos
 hay muchos que suponen que nosotros no vamos
 más allá del alcance de un plato de sancocho?

Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
 bailemos un merengue de espaldas a la sombra
 de tus viejos dolores,
 más allá de tu noche eterna que no acaba,
 frente a frente a la herida violeta de tus labios
 por donde gota a gota como un oscuro río
 desangran tus palabras.

Bailemos un merengue que nunca más se acabe,
 bailemos un merengue hasta la madrugada:
 el furioso merengue que ha sido nuestra historia.



Franklin

Mises Burgos

*Santo Domingo,
 República Dominicana,
 1907 – 1976*

El corazón de fuego

El cuero que protegía el cuerpo de Uriens comenzaba a sisear mientras avanzaba cautelosamente con la espalda pegada a la roca.

A su derecha roca abrasadora y a su izquierda un barranco cubierto de niebla.

Le quedaba un largo camino hasta el pequeño cráter que coronaba la montaña. El cráter era ahora el hogar de un elemental de roca y fuego.

Mientras el calor iba en aumento a cada paso que daba, Uriens empezaba a dudar del contrato firmado. Conocía la fisonomía de los elementales, pero poco había documentado en la biblioteca de Uhr Melgor sobre como extraer sus corazones. Solo un elemental había sido diseccionado. Para asombro de todos los eruditos, el corazón era una roca sólida formada por cuatro piezas ensambladas. El corazón de aquel primer elemental diseccionado, aún producía energía suficiente como para dar luz desde el gran faro de granito emplazado en las Costas Grises.

Los corazones de elementales eran codiciados por todo comerciante, alquimista, gobernante o nación.

Si Uriens cumplía con el trato, tendría la subsistencia asegurada por mucho tiempo.

Se detuvo en un pequeño saliente de roca. Se sentó y descansó un instante mientras observaba el paisaje. La bruma inundaba todo el risco y el río, pero se podía distinguir perfectamente las montañas cubiertas de árboles ancianos y nudosos.

Uriens estaba cansado y con el cuerpo algo entumecido por el sofocante calor.

La oscuridad no sería un problema. El elemental por sí solo ya producía suficiente luz, y los ojos de Uriens eran perfectamente adaptables a la tenue luz diurna.

Se levantó. Aseguró las correas que sujetaban sus armas y prosiguió el avance después de dar un trago largo a su odre de piel.

Se deslizó entre dos rocas puntiagudas sin emitir sonido alguno.

Extrajo con su mano derecha la espada y con la izquierda el estilete. El pelo se le pegaba a la cara por el sudor. Extendió los brazos y con ayuda de un amuleto, creó un aura de protección contra el fuego. Uriens esperaba que la inversión realizada en la baratija no fuera en vano.

El elemental no tardó en ver a Uriens. A pesar de su corpulencia, se movía increíblemente rápido. Valiéndose de sus garras humeantes, sostuvo una roca negra sobre su cabeza para acto seguido lanzarla sobre Uriens. Este la esquivó con suma facilidad. El elemental pataleó y rugió con frustración. Repitió el mismo sistema tres veces más con idénticos resultados. Uriens quería comprobar lo que aquella mole era capaz de hacer. Comenzó a moverse alrededor de él con ambas armas guardando las distancias constantemente. Para su asombro, algo parecido a una voz salió de la ardiente garganta del elemental.

—Maldito seáis asesino. ¡Vete! ¡No quiero manchar mi suelo con tu sesera!

Uriens estaba perplejo. El elemental hablaba perfectamente el común y demostraba inteligencia. No era un ser movido por impulsos destructores como sostenían los eruditos. Claro que poco podían saber sin nunca les daba la luz del sol en sus calvas.

—No sois el primero que aquí viene. Los humanos estáis locos. ¿Para qué queréis mi corazón? Venís, entráis en mi casa sin ser invitados. ¡Y para colmo exigís mi vida!

El elemental gritó con furia intercalada con palabras proferidas en algún extraño idioma olvidado.

Uriens era un miembro del gremio más antiguo de la tierra, no un simple asesino o un especulador.

—No pretendía entrar en vuestro hogar sin ser invitado.

El elemental bufó y de nuevo rugió. Uriens guardó las armas y retrocedió.

—Decidle al humano que os haya pagado por mi vida que venga el mismo y la busque. Durante edades enteras hemos habitado cráteres y

cumbres inalcanzables. Unas veces hemos sido venerados, otras temidos y respetados, pero nunca buscados como meras piezas de hojalata. Los humanos no lleváis ni dos inviernos sobre la gran roca y ya queréis desterrar del mundo a sus antiguos moradores.

Sus ojos se encendieron proyectando una luz roja que iluminaba todo el cráter.

—¡Ahora ve! Ve e informa de mi crueldad y estupidez sabio humano...

Uriens no dijo nada. El sudor cubría todo su cuerpo. No tenía miedo ni tampoco odio. Tan solo un escalofrío que recorría toda su espina dorsal haciéndole apretar la mandíbula.

Abandonó el cráter y comenzó el descenso. Se detuvo en el saliente de roca. Extrajo de su bolsa de cuero el contrato. Lo sostuvo unos instantes y después lo lanzó al vacío.



Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988



Una visita inesperada

Hace muchos años, cuando el tiempo transcurría de forma natural, y la gente se entregaba por completo a labores destinadas a perdurar en el devenir de los tiempos, existió un curioso personaje de larga barba blanca. Dicho personaje vivió durante varias generaciones humanas en una ciudad situada a orillas de un río de caudalosas y mansas aguas. Sus muros se erigían orgullosos y recubiertos de liquen sobre una extensa llanura de verdor incomparable. A su vera se apiñaban de forma ordenada, amplias y acogedoras casas de piedra y madera, hogar de granjeros y curtidores de personalidad templada y sosegada.

El río, de nombre Aguas verdes, se encontraba salpicado aquí y allá por pequeños botes de pescadores confeccionados en cuero y madera. También se dejaba ver algún que otro molino de agua, produciendo su típico y perezoso movimiento repetitivo.

Pocos sabían cuando había sido levantado el primer muro de la ciudad. ¡ah! pero si aún no he revelado el nombre de dicha ciudad, debéis perdonarme, pues los recuerdos de este humilde narrador en ocasiones se entremezclan y confunden.

Su nombre era y sigue siendo, Feshnel-Athar, que en lengua vernácula quiere decir ciudad de fresnos. Dicho árbol es muy común en los dos grandes jardines que posee la ciudad.

Sus bellas calles siempre estaban envueltas en conversaciones animadas, canciones, juegos y mercados. En una calle que discurría alrededor de la plaza del mercado vivía el protagonista de esta historia. Su nombre era Feldren, y no había hombre o mujer viviente en la ciudad que no hubiera oído hablar de él.

Siempre yendo y viniendo a placer, caminando con paso tranquilo, dando largas caladas a su pipa, y las más de las veces cantando alguna antigua canción, que aún a los más mayores se les antojaban antiguas y remotas.

Era natural en Feldren ausentarse por largas temporadas, regresando siempre cargado de enseres y curiosidades para su querida ciudad. Se decía que la vez que mas tiempo pasara fuera, una generación entera había desaparecido en su ausencia.

Su muy querido hogar, era de apariencia confortable, saltaba a la vista que su habitante era un derroche de virtudes hogareñas. Sus muros exteriores eran de piedra. Las esquinas estaban finamente talladas por sus propias manos, al igual que la madera de sus ventanas y contraventanas. El interior estaba forrado en madera y adobe, decorado por cuadros paisajísticos y objetos de manufactura puramente artesanal.

Un pasillo principal atravesaba toda la casa, pasando por habitaciones y cocina hasta terminar en un pequeño patio ajardinado, donde dedicaba la mayor parte del tiempo al cultivo de plantas, la mayoría únicamente de uso medicinal.

En el patio, unas sólidas escaleras de madera conducían a un corredor en la planta superior, por el cual se podía acceder a una biblioteca, repleta de extraños volúmenes encuadernados en un hermoso cuero teñido de rojo escarlata. Sus paredes estaban

decoradas por cuatro cuadros en los cuales se representaban diferentes escenas protagonizadas por extraños personajes vestidos con ropajes que recordaban a tiempos pasados. En todos, salvo en uno, aparecía el propio Feldren tomando parte en la composición de la obra.

Finalmente, en el lado opuesto se hallaba la entrada que daba paso a la alcoba de Feldren. Un pequeño lecho de roble la presidía. Dos muebles más ocupaban espacio en

la habitación. Un pequeño armario de castaño al igual que una mesa cubierta de legajos, plumas y botes de tinta.

Un día de otoño, en el que su patio estaba cubierto de hojas, y el aire era fresco, Feldren decidió dedicar el resto de la tarde a sentarse en un banco del jardín, con un libro sobre las piernas, y su pipa de madera de cedro en su mano derecha.

El día hubiera transcurrido como tantos otros días de otoño, repleto de sanos recuerdos y tranquilidad; pero la campanilla de su entrada sonó, y de su sueño despertó.

¿Quién podrá ser a estas horas tan tardías? No tenía prevista ninguna visita hoy. Pensó Feldren.

Su extrañeza fue creciendo cuando al abrir la puerta no vio a ningún ser humano, trago, elfo u enano; solo a un pequeño gato tricolor que atravesaba corriendo el pasillo, subía a la silla donde hasta hace un rato dormitaba, y con tranquilidad comenzaba a limpiarse los bigotes con total indiferencia hacia su anfitrión.

Feldren se situó frente al curioso gato, se cruzó de brazos y comenzó a reír moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Vaya, vaya, pero que tenemos aquí. Hacía tiempo que no veía este tipo de magia casera.

Feldren acercó su mano al hocico del gato y este lo olisqueó.

—Es agradable ver que en este mundo aún queda magia primigenia. Vida bella que brota en los lugares más insospechados, o que llaman a tu puerta en plena noche.

Feldren era un ser que no necesitaba ver para creer, y situaciones semejantes solo le producían placer.

El gato bajó del banco. Un aura de colores violáceos y castaños comenzaron a rodearlo. En ocasiones se desplazaba como cualquier otro ser vivo, paso a paso, pero en otras simplemente se difuminaba levemente y tras un destello verde aparecía en los lugares más recónditos ronroneando y pidiendo algo con lo que agradecer a su paladar.

Feldren disfrutaba de su compañía. Lo acompañaba en todas sus tareas, y en no pocas ocasiones lo advirtió de posibles percances típicos del día a día.

Los seres mágicos, nacidos del éter, la tierra, del suspiro de un hada, la broma cruel de un trago, las maldades repetidas en una casa y que reverberan durante largo tiempo como espectros del pasado, y tantos otros nacimientos maravillosos y comunes sobre el mundo que nos rodea, son formas de vida puras y primigenias. En ocasiones

viles y cobardes, pero en las más de las veces, bellas y reconfortantes.

Feldren sabía de la existencia de dichos seres. Los amaba y respetaba, y a este inesperado gato, venido de la placida orilla blanca y verde de la tierra más lejana, lo había llegado a querer y acoger bajo su propio techo. En ocasiones los hilos que entretejen y conforman nuestro mundo nos brindan, lirismo, ayuda y compasión, pero solo la reciben aquellos que mantienen sus ojos abiertos, o como en el caso de Feldren su propio hogar.



Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988



Amanecida

Soy una amanecida del amor...

Raro que no me sigan centenares de pájaros
picoteando canciones sobre mi sombrilla blanca.
(Será que van cercando, en vigilia de nubes,
la claridad inmensa donde avanza mi alma).

Raro que no me carguen pálidas margaritas
por la ruta amorosa que han tomado mis alas.
(Será que están llorando a su hermana más triste,
que en silencio se ha ido a la hora del alba).

Raro que no me vista de novia la más leve
de aquellas brisas suaves que durmieron mi infancia.
(Será que entre los árboles va enseñando a mi amado
los surcos inocentes por donde anduve, casta...)

Raro que no me tire su emoción el rocío,
en gotas donde asome risueña la mañana.
(Será que por el surco de angustia del pasado,
con agua generosa mis decepciones baña).

Soy una amanecida del amor...

En mí cuelgan canciones y racimos de pétalos,
y muchos sueños blancos, y emociones aladas.

Raro que no me entienda el hombre, conturbado
por la mano sencilla que recogió mi alma.
(Será que en él la noche se deshoja más lenta,
o tal vez no comprenda la emoción depurada...)

Julia C. Burgos García

Carolina, Puerto Rico, 1914.

Nueva York, Estados Unidos, 1953



La linterna mágica

Una de las cosas que distinguen mi carácter, y que en él sirven de contraste a ciertos arranques impetuosos, es la grandísima flema con que muchas veces me detengo, aun en los parajes más públicos, a mirar objetos que son tenidos por la gente de frac y levita como indignos de llamar su atención; así no es extraño hallarme con tamaña boca abierta parado delante de una tienda de estampas contemplando una testa contrahecha de Napoleón, un Gonzalo de Córdoba patituerto o un Luis XIV jorobado, y allí me estoy largo rato para despedirme después con una sonrisa: tampoco es raro el verme detenido en medio de una calle, estorbando, si es menester, a los que pasan, para oír la ensarta de disparates con que un ciego publica el romance nuevo, donde se da razón de la batalla sangrienta de los doce Pares de Francia contra los moros mandados por don Juan de Austria.

Un día, no muy lejano de éste en que escribo, iba yo por una calle muy concurrida, cuando picó mi natural curiosidad un grupo de personas apiñadas alrededor de una especie de cajón pintado de verde y colocado sobre un trípode de cuatro palmos de elevación, y que tenía en el frente que daba a los espectadores un cristal de forma circular. Cada uno de los que se acercaban a mirar por él entregaba un par de cuartos a un hombre extravagantemente vestido, que tocaba el tamboril; mientras, un muchacho de unos doce años, cubierto de harapos y no tan limpio como cualquier cosa sucia, gritaba sin parar, diciendo:

-Vamos, señores; ¿quién por dos cuartos no ve todos los países de la tierra y de la luna? Reparen el ahorro de dinero que esto puede proporcionarles. Aquí, aquí, señores y señoras de ambos sexos, y verán, sin necesidad de estropearse corriendo en un carruaje, de marearse navegando, ni de morir de hambre y de asco en las posadas, todo lo que pasa desde la isla del gigante Revientapanzas, situada en el cuerno izquierdo de la luna, hasta los trópicos del polo norte, y desde allí hasta la casa del Preste Juan de las Indias.

Los circunstantes pagaban e iban mirando uno después de otro por el cristal, retirándose después muy satisfechos; el muchacho gritaba más fuerte cuando disminuía el número, y así continuó por un largo rato; íbame yo a marchar, cuando le oí que decía entre varios otros despropósitos:

-Ea, señores, aprovechen el día, que esto no se logra sino una vez al año; saquen esos cuartejos que se les están pudriendo en los bolsillos, y prevengan otros por esta noche, que el maestro dará una gran función de magia en la calle de los Imposibles, número treinta, primera habitación bajando del cielo. Allí verán ustedes cómo se adivina lo que ha de venir, y se dice lo que cada prójimo piensa de

los demás, y los demás de él.

Al escuchar esto me acerqué al que el muchacho llamaba maestro, y que en realidad le convenía este dictado en la ciencia de los embrollos y mentiras.

-Oiga, usted -le dije-, ¿sería usted capaz de alcanzar lo que pensarán de cierta obrita en cierto país que yo sé?

-Sí, señor, y por de pronto digo: que esa obrita se titula El jíbaro y usted es el autor.

Quédeme pasmado, y él añadió:

-No es extraño la turbación de usted; lo mismo sucede a todos; pero, perdone usted que no puedo entretenerme, y si quiere ver maravillas no deje de ir esta noche a mi casa.

En efecto, llegué a ella de los primeros, y después de aguardar cerca de dos horas, se corrió una cortina, y empezó la función por mi pregunta, que había sido la primera, después de un rato de música de pito y tamboril,

-Muchacho -dijo el charlatán-, métete dentro del diablo.

Así llamaba una cara disforme, mal pintada en un lienzo blanco, detrás del cual se metió el asqueroso muchacho.

-¿Estás ya listo?

-Sí, señor, ya estoy dentro.

-Vamos, pues; dime lo que ves; prosiguió el maestro, a guisa de magnetizador.

-Señor, veo una ciudad en que hay unos cuantos que oyen leer un libro: los unos ríen, los otros bostezan; qué bueno es esto, dicen unos; que malísimo, dicen otros; cada cual cree conocer mejor que los demás dónde está el mérito y dónde las faltas.

-Bueno, muchacho; y, ¿qué más?

-Hay uno que dice que el autor es rubio; otro que moreno, y otro que negro.

-Muchacho, sigue, éstos son unos tontos.

-Señor, hay una vieja que dice que es hereje.

-Chico, chico, deja esa vieja, que después de haber dado, como se dice, la carne al diablo, quiere dar ahora los huesos a Dios.

-Hay dos guapos mozos que en cada personaje ven un retrato de una persona que conocen.

-Pues dale un coscorrón a cada uno de esos guapos mozos, para que aprendan a ver la falta y no el culpable, y para que sean más nobles y no crean tan bajo al autor.

-Señor, señor, veo a dos que están a punto de desafiarse, porque el uno dice que el autor es frío, y el otro que demasiado caliente.

-Déjalos que se rompan las narices, que los dos pidan peras al olmo.

Habló después el muchacho de infinidad de tipos, que no dejaron de servirme de diversión: poetas que jamás han escrito un verso, literatos que ¡Dios nos asista!, críticos ignorantes que hallaban un defecto en el perfil de cada letra, y amigos desconsiderados que todo lo aplaudían; finalmente dijo:

-Ahora alcanzo a ver unos señores muy comedidos que discuten sin enfadarse y que hacen con mucha calma sus observaciones.

-Pues sal de dentro del diablo, para que no digas algún despropósito contra esos señores, que deben ser hombres de talento.

Salió efectivamente de detrás de la cortina, y yo de la casa pensando en lo que había oído.

Al día siguiente fui a buscar al charlatán para que me dijera cómo supo todo aquello de ser yo el autor de El jíbaro.

-Muy sencillamente -me respondió-: días pasados estuve donde imprimen la obrita, allí le vi a usted y hasta leí una prueba vieja que me dio uno de los cajistas que es amigo mío. En cuanto a la opinión que de ella formarán, eso es cosa olvidada ya y poco más o menos de todas se forma la misma, según el caletre de cada uno de los que la leen.

¡Dichoso yo!, exclamé cuando me vi lejos de aquella buena pieza, dichoso yo que no seré juzgado según me ha predicho este perillán, porque en Puerto-Rico ni hay quien me crea de ninguno de los colores del iris, ni viejas que me tengan por hereje, ni

guapos mozos que me consideren capaz de copiar a un individuo determinado para hacer públicos sus defectos, ni majaderos que me crean frío ni caliente; sino personas instruidas y juiciosas que me tienen por templado, cual conviene al escritor de costumbres, y ajeno a toda pasión mezquina, v lo que es más ni

siquiera tengo un enemigo, y carezco de envidiosos émulos, porque carezco también del mérito que pudiera acarreármelos. ¡Dichoso yo! que estoy cierto de que al concluir de leer este libro dirán mis paisanos lo que yo dije al comenzarle: Es el fruto de muchas horas robadas al sueño y al descanso de una profesión noble y santa a que se dedica.

FIN



Manuel A. Alonso Pacheco

San Juan, Puerto Rico. 1822 - 1889

Kavafis

Primera parte

La mañana era bastante gris, aunque la temperatura permitía pasear en camiseta. Había recorrido cuatro o cinco kilómetros, desde La Romareda hasta el Puente de Las Fuentes. Me apetecía sentarme un rato y buscaba un banco para leer y fumarme un cigarrillo. Me dirigí a uno que había en los nuevos jardines de la ribera, junto al Ebro. En él me senté y me di cuenta de que había un libro que se habían dejado olvidado. Era un libro forrado con papel blanco en cuyas tapas no figuraba ni título ni autor, por lo que lo abrí enseguida. Era un libro de poemas de Konstantino Kavafis, de la editorial Hiperión. Yo conocía la obra, puesto que la tenía en casa. La había leído en bastantes ocasiones, pero opté por leer algunos poemas y pronto observé que había una hoja, de las que hay en blanco al principio del libro, que estaba escrita a mano, con tinta azul. La letra era clara y regular, con rasgos aparentemente femeninos. Decía lo siguiente:

Quizás pase este libro por muchas manos. Ahora ha llegado a las tuyas y te pido que, si piensas que ha sido una pura casualidad, lo dejes donde lo has encontrado o que lo leas y lo abandones en otro banco. Es importante que lo encuentre la persona idónea. Tiene que ser alguien sensible, que llegue a emocionarse leyendo estos poemas y que crea en el destino como algo inevitable.

Si crees que coincides con este perfil, llévate el libro a casa, confía en tu propia intuición y sigue las pequeñas indicaciones que irás encontrando en su interior en el orden en que están escritas. Si lo haces, tarde o temprano me encontrarás y mi sueño se habrá cumplido. Quizás, también el tuyo.

No sé si eres hombre o mujer. Solo, que cambiarás mi vida."

En principio no le di demasiada importancia, pero me tentó la curiosidad y me llevé el libro a casa. Simplemente pensé que se trataba de un juego, pero no me quitaba de la cabeza la idea de jugar, de dejar volar mi imaginación y recrearme en esa idea, aparentemente tan ilusa.

Aquella noche, después de cenar, cogí un libro que estaba leyendo. Era una novela de Gunter Grass que leía por segunda vez. No me concentraba. Seguía pensando en el hallazgo de esa misma tarde y en las palabras escritas a mano. Intenté leer en voz alta, pero no hubo manera. Tuve que dejarlo y ponerme a ojear ese misterioso libro que me producía tanta curiosidad.

Eché un vistazo rápido a todo el libro, en busca de alguna pista o indicación. Encontré unas cuantas anotaciones en diferentes idiomas. Había alguna en francés, otras en español. También localicé una en latín, otra con letras griegas y otra, en una lengua que desconocía. Era una escritura aparentemente oriental, como de la zona de la India o alrededores. Esta fue la última que localicé. Estaba junto al nombre del autor en la portada interior del libro.

Me puse a buscar por internet alguna lengua que se pareciese a los signos que no tenía ni idea de cómo descifrar. Me pasé un par de horas viendo páginas de la India, de Indonesia, de Corea de Vietnam, de Afganistán, etc., pero no pude dar con el origen de esos signos. Más de una vez pasó por mi cabeza la idea de abandonar y dejar el libro en algún banco pero me pareció un juego entretenido. Me fui a la cama sin averiguar nada de esa lengua.

Al día siguiente, por la tarde pensé que sería una buena ocasión para visitar a mi amigo Puértolas, que había sido mi profesor de griego en la universidad. A él le gustaba investigar sobre las lenguas muertas y antiguas. Lo localicé en la facultad de Filosofía, en su despacho y le pedí que me atendiera unos minutos. A pesar de lo ocupado que me dijo que estaba, me dedicó casi media hora. Le expliqué que era una especie de juego de estrategia y le enseñé la página fotocopiada donde se encontraba tan extraña escritura.

Dudó un momento, pero pronto me dijo que era un lenguaje llamado Urdu y que estaba muy extendido en Pakistán.

-Yo no puedo ahora darte una traducción muy fiable -me dijo-, pero te recomiendo que busques en internet el alfabeto urdu y transcribas estos signos a nuestro alfabeto. Una vez hecho esto, intenta usar algún traductor.

- Gracias. Tu ayuda ha sido muy valiosa. Muchas gracias.

Nos despedimos con la idea de vernos en otro momento, con más tiempo, y volví a casa.

Busqué Urdu en el buscador y tuve la suerte de encontrar una página con el alfabeto y un traductor que funcionaba introduciendo el equivalente de las letras urdu en el abecedario occidental. El resultado fue inmediato, la traducción era: Para empezar, mira si te reconoces en el poema DÍAS DE 1909 10 Y 11. Si es así, continúa.

DÍAS DE 1909 10 Y 11

De un maltraído, pobrísimo marino
 (de una isla del Mar Egeo) era hijo.
 Trabajaba donde un herrero. Usaba ropa vieja.
 Sus zapatos de trabajo raídos y míseros.
 Sus manos estaban manchadas de herrumbre y aceite.
 Al caer la noche, cuando cerraba el taller,
 si había algo que deseaba mucho,
 alguna corbata un poco cara,
 alguna corbata para el domingo,
 o si había visto en una vitrina y la quería
 alguna bonita camisa azul oscuro,
 vendía su cuerpo por un tálero o dos.
 Me pregunto si en los tiempos antiguos
 poseyó la gloriosa Alejandría un joven más bellísimo,
 un muchacho 'más perfecto que él -que se perdió:
 no hubo, se comprende, estatua o pintura suya:
 arrojado al mísero taller de un herrero,
 se hubo de acabar tempranamente por el trabajo penoso
 y por una vulgar corrupción, desdichada.

Ya lo creo que me reconocí al instante. Mi nombre estaba escrito en el primer verso. Estaba desconcertado. ¿Casualidad? No lo sé. Estaba confuso, pero decidí continuar.

La segunda anotación la encontré tres páginas más adelante y estaba escrita en griego.

Πάντα στο νου σου να 'χεις την Ιθάκη.
 Το φθάσιμον εκεί ειν'ο προορισμός σου.

Esta la traduje yo mismo y la traducción no me dejó nada claro con respecto al siguiente paso. Luego me di cuenta de que eran dos versos del poema *Itaca*, que se encontraba en la misma página que la anotación.

*Ten siempre en tu mente a Itaca.
Tu meta es llegar allí.*

Le estuve dándole vueltas durante horas y no se me ocurría nada que pudiese encauzar de nuevo mi búsqueda. Ítaca solo me recordaba, en Zaragoza, una librería que yo había frecuentado hace algunos años y una cafetería en el centro con ese mismo nombre. Decidí relajarme y pensé que lo mejor sería dejar fluir los acontecimientos y visitar, al día siguiente, ambos locales.

Me costó conciliar el sueño, intentando convencerme de que todo era fruto de la casualidad.

Al día siguiente, en el trabajo, no podía evitar pensar en la extraña situación en la que me había metido, aunque sin darle mucha importancia.

Por la tarde, un rato antes de que abrieran los comercios, salí de casa y me fui hacia la librería Itaca, en el barrio del Actur, en cuyo escaparate me detuve y estuve observando las novedades editoriales. Repasé y repasé todos los detalles y todo lo allí expuesto, incluyendo varios anuncios que había en el cristal, pegados con celo. Cuando abrieron la librería, a las cinco, entré y saludé al propietario, al que llevaba tiempo sin ver. Estuvimos charlando unos minutos, mientras yo miraba por todas partes y buscaba cualquier detalle que pudiera tener relación con mi preocupación. Al final, le pedí una revista y me marché.

Cogí el autobús para ir al centro. Enseguida estuve delante de la cafetería Itaca. Miré con atención la entrada y la fachada antes de entrar, pero no vi nada que me llamase la atención. Entré y pedí un café en la barra. Había varios periódicos y revistas que ojeé por encima. Detrás de mí, había un tablón de anuncios donde había pegados muchos papeles con anuncios de trabajo, pisos en alquiler, ofertas de clases particulares, etc. Me entretuve en leerlos uno a uno. En la esquina superior derecha había un papel no más grande que una tarjeta de visita, que me costó llegar a leer. Decía lo siguiente:

*Vas por buen camino, pero esta no es tu meta.
Búscala cerca del mar, en Barcelona.
Mi siguiente mensaje escrito en el libro de Kavafis
te llevará al lugar exacto.*

No podía creerlo, pero lo leí y lo releí hasta que lo arranqué y me lo eché al bolsillo. Salí de la cafetería y me fui a casa.

Ahora estaba claro. Todo esto tenía ya credibilidad e intentaba encontrarle algún sentido. Dudaba entre si alguien quería gastarme una broma o realmente me estaban poniendo a prueba por algún motivo. Me noté nervioso, pero, a la vez, un poco ilusionado por mi hallazgo, por la incertidumbre y por el misterio.

Continuará

Fin Parte I



Marino Liso

Erla (Zaragoza), España, 1958

Celebramos el constante apoyo de Marino Liso hacia SAINDE y la revista Umbral, publicando su cuento Kavafis en dos entregas.

La segunda entrega será publicada en la edición de enero 2015.

Se deshojaban las rosas

En los prados de tu huerto
a la luz del plenilunio
se moría cada flor,
y concurriendo a una extraña
complicidad de infortunio,
en el rosal de mi vida
se deshojaba el amor.

Bien pudiera el peregrino
hacer estación romántica
a la mitad del camino,
y desgranar un rosario
de cuentas sentimentales
por aquel deshojamiento
del alma y de los rosales.

¡Oh novia! Siempre querida,
cuyas pupilas llorosas
contemplaron la caída
de pétalos y esperanzas
sobre la faz de las cosas,
cuando en la calma nocturna
se deshojaban a un tiempo
las quimeras y las rosas.



Ramón Modesto López

Velarde Berumen

Zacatecas, México. 1888

Ciudad de México. 1921

La Exagerada:

“La cañería me gotea”

Radioteatro

Él: ¿Así que quiere que... (INSINUANTE) le revise la cañería?

Ella: (SENSUAL) ¡Ay, sí! ¡Hace rato que no me la revisan!

Él: Puede que esté un poco oxidada. Por la falta de uso, digo.

Ella: Es que estuve con unas amigas... Y me enseñaron que, en momentos de necesidad y urgencia, hay otras alternativas.

Él: ¿Ah, sí? ¿Y están buenas esas alternativas?

Ella: ¡Más o menos! ¡Servir, sirven! Pero están muy usadas.

Él: ¿Qué tan usadas?

Ella: Digamos que entra una y sale otra.

Él: ¡Ah la mierda! ¡¿Tan concurrida es la cosa?!

Ella: Sí. Y no tengo ni tiempo para satisfacer todas mis necesidades, que ya me están apurando a que termine.

Él: Y, sí. Esos turnos son cortos.

Ella: Por eso decidí llamar a un profesional que se tome su tiempo...

Él: ¡Dos o tres horas, fácil!

Ella: ¡Que sepa bien lo que hace!

Él: ¡Todo lo que usted quiera!

Ella: ¡Que me haga un trabajo de primera!

Él: ¡La voy a dejar más que satisfecha, con lo que le voy a hacer!

Ella: ¿Y cobras caro?

Él: ¡Quinientos pesos por hora!

Ella: ¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?!

Él: ¡Es lo que vale mi trabajo! ¿O quiere que le destape así nomás, se rebalse el inodoro al otro día y tenga que seguir yendo a los baños públicos de constitución y los bares?

Ella: ¡Bueno, está bien! ¡Pero apúrate que tengo ganas!

FIN



Victor Gabriel Pardo

Argentina -1984

